

Ideales

Otro espacio para pensar



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Instituto de Educación
a Distancia

La identidad negra en la novela *Esta herida llena de peces* de Lorena Salazar Masso

Omar Alejandro González Villamarín²⁴

Introducción

Los discursos y las miradas sobre las negritudes en Colombia a lo largo de la historia tienen una marcada inclinación al segregacionismo racial y a la generalización cultural, lo que implica de entrada una homogeneización de la condición social y un englobamiento tanto de sus maneras de ver y sentir como de sus relaciones con el entorno en que se desenvuelven dentro del panorama territorial de la nación.

En la actualidad, y dado el auge de los estudios culturales, dichas miradas han abierto panoramas de análisis que profundizan mucho más en las particularidades socioculturales que configuran unas maneras de ser y habitar como comunidad raizal afro en territorios específicos.

Esta mirada puede rastrearse en la novela *Esta herida llena de peces* de Lorena Salazar Masso (2024), quien, a través de un viaje por el río Atrato, nos muestra en su personaje central una búsqueda identitaria y de pertenencia a la comunidad afro a través de las relaciones mismas con el río y las prácticas cotidianas que allí ocurren, a pesar de su condición racial de mujer blanca.

La presente ponencia plantea el análisis de algunas de las marcas discursivas de las que se sirve Lorena Salazar en su novela *Esta herida llena de peces*, a la luz de las relaciones entre literatura y estudios culturales, para definir aspectos identitarios que configuran la noción de *ser negro* en las riberas del río Atrato y resignificar algunas de las circunstancias históricas que rodean la memoria de dichas comunidades, especialmente en la consideración de los acontecimientos que marcaron el devenir de las mismas en los días previos a la masacre de Bojayá en el año 1992.

Sobre la identidad negra

Son muchas las perspectivas que se abren ante la pregunta por el *ser negro* y lo que significa asumir serlo en las sociedades contemporáneas. De entrada, aparecen los posicionamientos que determinan el *ser negro* desde aspectos puramente raciales ligados al color de piel. Sin embargo, desde mediados de los años 50, las discusiones sobre este aspecto se ligaron a condiciones mucho más cercanas a las condiciones socio-culturales, políticas y territoriales que marcan una tendencia de consolidación de una identidad que restituya

24. Maestrante en Pedagogía de la Literatura, Licenciado en lengua castellana Universidad del Tolima. Coordinador área de literatura Centro Cultural Universidad del Tolima. Ha publicado libros de poesía, cuento y reseña crítica. oagonzalezvi@ut.edu.co

a las negritudes como sujetos de derechos y como parte esencial de la conformación del proyecto continental americano, en tanto que fue gracias a su labor y mano de obra que se lograron erigir las bases sociales y económicas de las nacientes ciudades.²⁵

Parte de esa reclamación histórica tiene fundamento en la nostálgica mirada al territorio del que fueron arrancados por los esclavistas blancos, para hacer un reconocimiento de los valores culturales, étnicos y religiosos que se sostienen, incluso en la actualidad, en territorios y países como Haití y Cuba y otras islas caribeñas, en los que las tradiciones continúan fuertemente arraigadas a las cosmogonías propias del continente africano. (Deidades, Cantos, Rituales) De ahí que torna cada vez más relevancia la denominación *afro* ligada al país en que se encuentre la comunidad negra. Para el caso nuestro, la denominación *afrocolombiano*. Y siguiendo esa misma línea, podríamos llegar incluso a la noción de *Negritudes*, si seguimos la idea de que no todas las comunidades afro sostienen una relación socio cultural homogénea, debido a que los procesos migratorios y de apropiación territorial generan marcadas diferencias de orden económico y político reflejadas en prácticas cotidianas de diversa índole cultural.²⁶

En los últimos años de la década de los 80, hace aparición una concepción mucho más ligada a los aspectos sociales para determinar que las comunidades negras no solo son una minoría étnica respecto de la población mayoritariamente blanca y mestiza del país,

sino que además de ello han sido víctimas de procesos políticos y culturales que han generado el atraso de las regiones en donde hay alta población negra, su invisibilización y el deterioro de los territorios en los que tienen presencia entidades de orden multinacional que explotan los recursos allí contenidos. De hecho, y a la luz de lo planteado por Peter Wede (2008), se podría pensar en que algunas de estas prácticas y dinámicas ejercidas contra la población negra por parte del centralismo gubernamental, tiene por objetivo el “blanqueamiento” de la sociedad para que haya total dominio de las élites mestizas a partir del segregacionismo racial y la concentración poblacional en territorios cada vez menos habitables, para su posterior desaparición, por considerarlos “peligrosos” en el sentido de que son sujetos de una posible rebelión.

No obstante, y obedeciendo claramente a posturas frontales contra este despropósito, las comunidades afro de Colombia, especialmente las concentradas en el pacífico, han venido fortaleciendo la mirada identitaria desde una óptica que las liga a las prácticas cotidianas en simbiosis con el entorno mismo en que se desarrollan sus relaciones sociales. Esto significa que, en la relación humano-naturaleza, el *ser negro* constituye una marca identitaria que le otorgan, por asociación, los saberes y prácticas que derivan en un equilibrio ecosistémico, que garantiza la sobrevivencia tanto de humanos como de otros agentes que interactúan en la biodiversidad propia de los territorios, especialmente en los bosques húmedos y tropicales (en donde se hace uso de las maderas) y el aprovechamiento

25. Para ampliar esta noción sugiero ver el artículo de Peter Wade denominado *Población negra y la cuestión identitaria en América Latina*. 2008, publicado en la revista “Universitas humanística” Número 65.

26. Al respecto, resulta interesante el estudio que realizan Vladimir Montoya y Andrés García en el artículo “¡Los afro somos una diversidad!” *Identidades, representaciones y territorialidades entre jóvenes afrodescendientes de Medellín*, publicado en el boletín de antropología de la Universidad de Antioquia, número 41.

de los recursos generados por los afluentes hídricos de gran impacto, como el Río Atrato y el Río Baudo, entre otros.²⁷

Algunas de las prácticas sociales que se generalizan en el territorio de las comunidades negras, especialmente las del pacífico colombiano, son las que están ligadas a los procesos de memoria histórica y aceptación circunstancial de la violencia como fenómeno constante, dadas las circunstancias de confrontación armada de que son víctimas las comunidades negras a lo largo de los territorios, en concreto, en las riberas de los ríos, pues estos son corredores fluviales en disputa entre diversos actores del conflicto, que van desde el orden ideológico (guerrillas/paramilitares) hasta el orden delincencial (clanes y organizaciones de narcotráfico). *Ser negro* en estos territorios significa aceptar una condición de vulnerabilidad constante, de abandono estatal y de total incertidumbre.²⁸

Esta herida llena de peces y el ser negro

La novela de Lorena Salazar tiene como argumento el viaje que realiza una joven madre blanca desde Quibdó hasta la población de Bellavista, ubicada en las riberas del Río Atrato, llevando a un niño negro, a quien ha cuidado y criado durante 5 años, para que se reencontre con su madre negra. Durante el trayecto, la narradora- En primera persona- permite el reconocimiento de las prácticas sociales y culturales que encuentra en su travesía por el río y en las distintas poblaciones y asentamientos en los que hacen parada antes de llegar a su destino. A través de lo allí expresado, podemos realizar

una mirada a lo que significa *ser negro* en el territorio particular del Río Atrato y las maneras en que se constituyen las prácticas cotidianas en relación con este, para determinar que el personaje, a pesar de tener piel blanca, es percibida por la comunidad como parte de las negritudes.

Un primer indicio de esto radica en que la mujer blanca ha vivido parte de su infancia y adolescencia en las riberas del río y por razones ligadas al fenómeno de la violencia ha tenido que dejar su territorio y buscar mejor suerte en la capital del departamento, Quibdó. Al emprender el viaje de regreso, se entiende que ella está habituada al contexto mismo, al territorio y a sus prácticas, y sin embargo nos da la sensación de que fuese la primera vez que hace el recorrido, quizá porque han pasado muchos años o quizá porque conscientemente quiere olvidar algunas de las vivencias y experiencias que se ligan a los mismos. Pero no puede.

La conciencia, antes que olvidar memora, y nuestra mujer blanca recuerda que cuando era niña y estaba en la escuela, las monjas les hacían representar teatralmente la historia de las negritudes esclavizadas y ella asumía el papel del blanco conquistador:

LA CONCIENCIA: Las arrancaron como a una planta sin raíz. Les prohibieron pensar, mirar el sol y saborear la lluvia; tampoco podían soñar con una casa digna para sus familias. Eran del hombre avaro que las robó del amanecer africano. Sin tierra, las esclavas sólo tenían sus trenzas

27. Para ampliar más este aspecto y acercar una noción del carácter espiritual y material en las relaciones con la naturaleza como marcas de identidad negra, recomiendo el artículo de Pietro Pisano, quien acude a los planteamientos de Manuel Zapata Olivella para construir el texto titulado *Movilidad social e identidad “negra” en la segunda mitad del siglo xx*, publicado en la revista ASCHSC * vol. 41, número 1, del departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia en 2014.

28. El capítulo 1 del libro *Los muertos no hablan* (2012) de Paco Gómez Nadal, titulado “Cómo nos hemos podido acostumbrar a esto” explora de manera muy sentida las vivencias y experiencias en los años posteriores a la masacre de Bojayá, en 2002, y aborda las maneras en que la memoria, sin desaparecer, termina por resignarse a que esas circunstancias y acontecimientos parecieran ser parte de las prácticas sociales aceptadas.

y el canto. El español les quitó todo. El español les quitó todo, dije... (Salazar, 2024, p. 27)

Es evidente que la asociación histórica liga su sentir al origen africano y, como resultado de ello, se hace una apropiación de la condición de sufrimiento del pueblo negro, misma que, de entrada, representa una adhesión a la memoria y establece lazos afectivos con el devenir de la raza. Y esto puede notarse porque enseguida, haciendo el papel de español (por ser blanca), se retira el bigote y sentencia que “*Soy blanca, pero no soy un español*”. En la página 28 existe otra correspondencia con el elemento histórico, que, de paso, pone de manifiesto que algunas de las prácticas sociales y culturales de las negritudes en las riberas del río obedecen a este hecho del pasado que no se borra: “*Nunca alcanzaremos a pagar lo que ha sufrido el pueblo negro. Su hostilidad, el miedo, el desprecio tienen una causa profunda, añeja. Consecuencia*”.

Ese miedo, producido por siglos y siglos de abandono, violencia y barbarie, es un *leitmotiv* a lo largo de la novela, y a través del personaje notamos como cada tanto, cuando se hace parada en un caserío, el ambiente se torna tenso y la perspectiva se abre franca hacia la zozobra de que algo está por ocurrir. Los indicios nos dictan que un grupo guerrillero hace presencia en el territorio:

Una lancha gris, de dos motores y carpa negra, pasa junto a nosotros en dirección contraria. Es más pequeña que nuestra canoa. Sólo alcanzo a ver la ropa verde de los pasajeros, hombres con pañuelos rojos amarrados al cuello que no bajan la mirada y tampoco saludan. Nos dejan atrás en segundos. El niño grita adiós y agita la mano. No se lo impido, no podría explicar por qué no debería saludarlos. (Salazar, 2024, p. 54.)

La revelación es contundente. Existen prácticas de violencia continua que se normaliza en las prácticas cotidianas. Como si pertenecer a ese territorio fuese sinónimo de aceptación obligada de la circunstancia de control y dominio. Una especie de neoesclavismo que se justifica bajo el sello del terror y el miedo. En su libro *Imaginarios políticos del miedo presentes en la narrativa colombiana reciente*, la profesora Orfa Kellyta Vanegas (2020), dedica su investigación a las formas en las que se operativiza el miedo y los discursos que giran en torno a las prácticas sociales para soportarlo. Nos dice:

El miedo, la desesperanza, el dolor, entre otros, son la contracara de la metáfora del poder, y en tanto revelación literaria, necesita de nuevos ángulos de elucidación, de exégesis que los reconozca como lenguaje que articula y da representación a las realidades no siempre perceptibles de la vida social. (Vanegas, 2020, p.18).

Precisamente esa normativización del miedo deriva en que sobre el final de la novela se cumpla el anuncio de la catástrofe y se nos revele que a pesar de haber escuchado rumores de que pronto habría una confrontación entre grupos armados, -posiblemente las guerrillas de Las Farc y Los paramilitares-, de que se habían escuchado disparos cada vez más cerca, de que algunos pobladores ya huían río arriba, los pobladores de Bellavista decidieron quedarse a esperar, sin saber la suerte que correrían esa madrugada del 2 de mayo cuando un cilindro bomba cayó sobre la iglesia en la que se encontraban refugiados cientos de personas, conocida como la masacre de Bojayá. *Ser negro* es vivir en zozobra y morir en silencio.

Otra consideración con el *ser negro* y asumirse como tal deviene de las prácticas cotidianas que manifiestan lazos afectivos identitarios con amplios sentidos arraigados en la tradición y

la expresividad cultural. Los cantos raizales, dedicados especialmente a los muertos²⁹, la danza y el movimiento rítmico como muestra de alegría y cortejo, la relaciones entre el modo de vestir y de arreglarse, los peinados y los atavíos, dan cuenta de estas marcas de identidad negra, pues establecen puentes emocionales y generan, a la larga, solidaridades.

En las páginas 29 y 38 podemos ver de qué forma el trenzado del cabello constituye una marca de identidad que atraviesa los límites de la estética y significa algo más que un simple aspecto de gusto: *“Mientras una niña me movía la cintura otra hacía una trenza en mi pelo para que se me quitara lo simple, eso decían.”* Unas páginas después: *“Las trenzas unen a la dueña del pelo y a quien lo trenza en una complicidad íntima, la trenzada deja ver sus raíces, se arrodilla ante la otra y deja ver su fuerza y encanto”*. Y más adelante, *“La trenzadora es responsable de crear caminos, ríos, salidas en el pelo de otra, unirla a todas las mujeres que han sido trenzadas en la historia.”* Es evidente la relación de tejido social y cultural que une y gesta solidaridades en el acto cotidiano de trenzarse el cabello como símbolo de resistencia. Se sabe que en las trenzas se trazaban rutas de escape, lugares de reunión, incluso tácticas y estrategias de los pueblos negros en su proceso de liberación. En la novela, esto significa que la mujer blanca es reconocida como su similar por la trenzadora negra, la hace parte de su raíz y su historia. En la página 69 la narradora nos cuenta su encuentro con las lavanderas de este modo: *“Las mujeres me preguntan que si estoy enferma, aseguran que me falta aguacate en las piernas, en las nalgas, pero alaban la trenza que aún llevo en el pelo”*, *Ser negro* es habitar el

territorio de la historia.

Finalmente, en los aspectos geoidentitarios podemos resaltar que alrededor del río ocurren muchas de las situaciones que constituyen una cotidianidad compleja dentro de la novela. El río es frontera, es fuente de alimento, es proveedor, pareciese tener vida propia y como tal es entendido por las comunidades, en las que se siempre se ve a alguna matrona negra protegiendo la memoria de las aguas y su historia: *“Señoras que viven al lado del río, en casas con patios grandes, con veraneras que cuelgan del techo, hijos que lloran en las cocinas, Cuidan el río, creo que le rezan.”* (Salazar, 2024, p. 15) También encontramos la relación de ser parte del río, ser el río mismo o uno de sus seres vivos en la página 80: *“Somos una comunidad de peces, vivimos al son del agua”*. Esta simbiosis se hace manifiesta en la página 142, cuando de manera especial la narradora nos dice: *“mi niño y el niño de Gina, un río pequeño que ella no alimentó y que tuvo que llenarse conmigo, agua de lluvia.”* No sobra decir que desde el título de la novela se nos sugiere que la relación simbiótica establecida entre el personaje central y el río mismo es una relación que implica emociones, afecto y memoria.

Conclusión

En la novela *Esta herida llena de peces* de Lorena Salazar se puede rastrear de manera efectiva la mirada sobre las negritudes que se asientan en las riberas del río Atrato en el departamento del Chocó, y que desde la perspectiva de los estudios culturales, posibilita la comprensión de lo que es *ser negro* como principio identitario, a través de las relaciones

29. Los Alabaos, Gualíes y Levantamientos de tumba, declarados en 2014 como patrimonio inmaterial de la nación, son cantos mortuorios, dedicados los primeros a los fallecidos adultos, interpretados a capela, de carácter triste; los segundos dedicados a los niños fallecidos. Como reconocimiento a que son ángeles, estos cantos son de carácter alegre.; los últimos, son cantos que se interpretan únicamente en el tránsito de la casa de velorio a la sepultura y suelen involucrar anécdotas particulares de la vida del difunto. En la novela puede verse un ejemplo de Gualí en la página 113. Fuente: <https://www.radionacional.co/cultura/que-son-los-alabaos-y-los-gualies>

con el pasado histórico, con los aspectos sociales, políticos y económicos que han marcado a las negritudes a lo largo de la historia en Colombia, así como de las prácticas sociales cotidianas que erigen lazos afectivos y tejen solidaridades entre los habitantes.

Del mismo modo podemos entender las relaciones que se establecen entre las comunidades negras y los ambientes naturales en que suelen habitar a lo largo del territorio, especialmente en las riberas del río, y aceptar que, más allá del usufructo de los recursos,

existe una marca de identificación simbiótica con la naturaleza.

Finalmente, se puede decir que todos los aspectos reunidos en torno a la temática elegida para abordar la novela subyacen a una marcada intención de parte de la autora de resignificación de lo que es *ser negro* y, de manera interesante, lo de *ser negro* aun cuando se posea piel blanca, dadas las relaciones con el otro, el entorno y la comprensión social y cultural del territorio, como es el caso del personaje central.

Referencias bibliográficas

Gómez, Paco. (2012). *Los muertos no hablan*. Otramérica editores. Medellín.

Ilex acción jurídica. (2023) *¿Superar la desigualdad racial sin datos? La invisibilidad estadística de la población afrodescendiente en los registros administrativos de los sectores de educación y justicia en Colombia*. ©Ilex Acción Jurídica. Bogotá.

Montoya, Arango & García, Sánchez. (2010). “Los afros somos una diversidad”. Identidades, representaciones y territorialidades entre jóvenes afrodescendientes de Medellín”. Boletín afrodescendientes de la Universidad de Antioquia. Volumen 24, Número 41.

Pisano, Pietro. (2014). “Movilidad social e identidad “negra” en la segunda mitad del siglo XX”. *Revista ASCHSC* * vol. 41, número 1, del departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia.

Salazar, Lorena. (2024). *Esta herida llena de peces*. Colección ópera prima. Medellín.

Vanegas, Orfa. (2020). *Imaginarios políticos del miedo presentes en la narrativa colombiana reciente*. Editorial Universidad del Tolima.

Wade, Peter. (2008). “Población negra y la cuestión identitaria en América Latina”. *Revista “Universitas humanística”*, número 65. Bogotá.

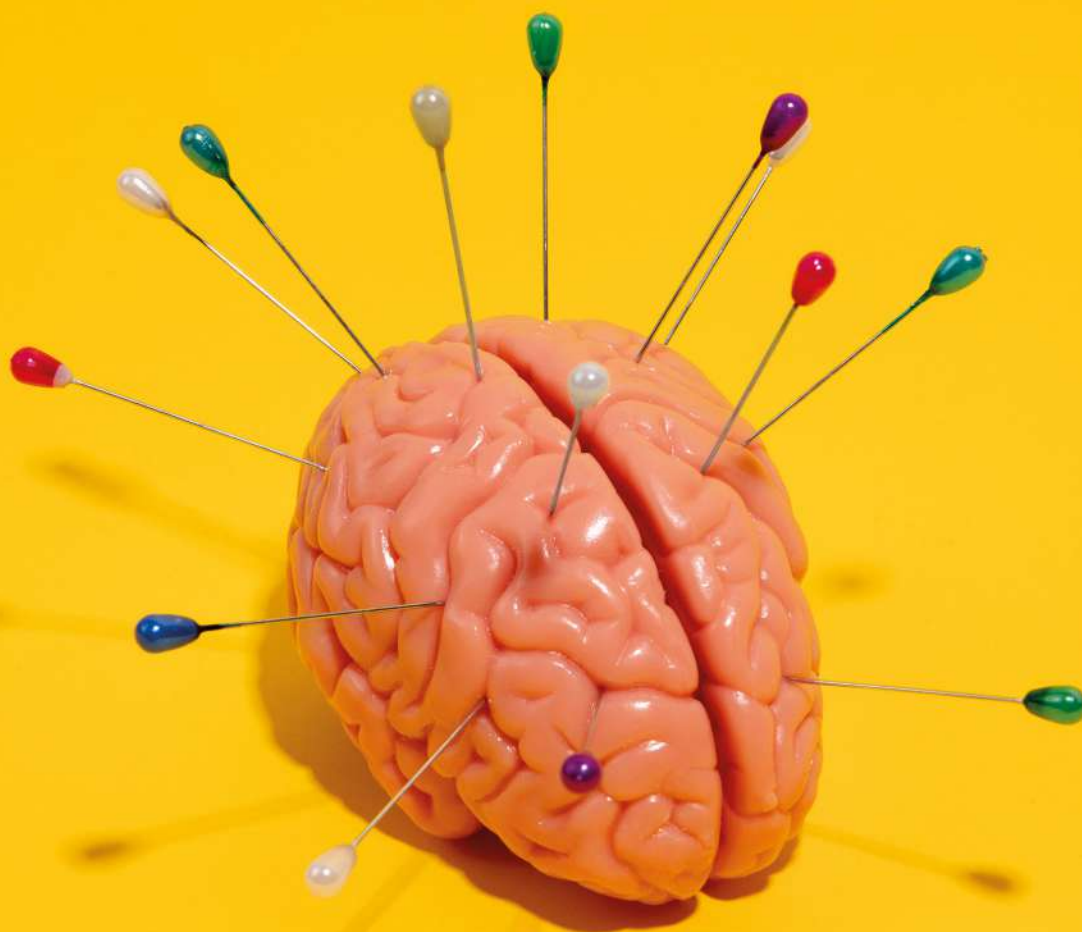
Referencia

Omar Alejandro González Villamarín. *La identidad negra en la novela Esta herida llena de peces de Lorena Salazar Masso*.

Revista Ideales, otro espacio para pensar. (2025). Vol. 20, 2025, pp. 71-76

Fecha de recepción: mayo 2025

Fecha de aprobación: julio 2025



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

**Instituto de Educación
a Distancia**